



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El nacimiento de María.—La atracción; soneto.—La maniñera de Darro.—En un monasterio; poesía.—Los bienaventurados.—Modas.—Esplicacion deligurin.

EL NACIMIENTO DE MARIA.

Hizonos el cielo en este día un magnifico presente, un presente de inestimable valor.

(SAN BERNARDO.)

I.

¿Qué sucede?... ¿Qué pasa en la region del dolor?...

La aurora, prendida de ricas vestiduras, asoma por los montes y se sonrie dulcemente vertiendo infinitos rubies desde su carroza de nacar.

El cielo se envuelve en finisimo encaje.

El sol estiende placentero sus hebras de oro, circundado de albos y rizados tules.

Las aves hienden alegres los aires y entonan

melodiosos himnos entre la fresca enramada.

El mar se mueve de una manera apacible salpicando la superficie con la nacarada espuma que sus olas producen.

El céfiro besa con ternura las gallardas plantas, y recoge en sus alas de gasa el aroma de los vegetales.

Las flores ostentan sus bellos matices y embalsaman el ambiente con esquisito perfume.

Las adelfas y las dalias juguetean amorosas en su trono de esmeraldas.

El arroyuelo susurra de júbilo, esmaltando su clara senda de arenas de plata, de precioso musgo y de las verdes hojas que sobre él derraman las vistosas lianas y los pintorescos sauces.

Colores mil adornan amenas praderas.

Todo palpita, todo se estremece de indecible entusiasmo.

Murmuran de gozo las fuentes, las cascadas, las plantas, los insectos, los animales, la benigna brisa.

Una voz misteriosa resuena en el inmenso ámbito del universo.

El panorama de la creación presenta nuevos encantos.

No hay nada que no sorprenda en tan solemnes momentos.

Cada átomo, cada hoja que el aura arranca de los árboles, despierta emociones suaves.

La naturaleza entera parece que se transforma, que multiplica las maravillas que la engrandecen.

Y el orbe, alcázar fabricado por el supremo artista, conmueve sus ejes de zafir.

II.

El suceso más fáusto acaba de realizarse en el mundo.

El sábio, el justo, ha dado cumplimiento á una gran promesa.

La humanidad puede estar satisfecha.

La caída del primer culpable, del príncipe del Paraíso, va á dar lugar á cosas estupendas.

Ha nacido ya la criatura privilegiada, santa, escogida.

Ha visto la luz del día la deseada de las naciones, la reparadora augusta, la consoladora de los hombres, la mensajera del bien.

Se halla entre los hijos del crimen la que ha brotado, como la azucena, del tronco bendecido por el Sér Eterno.

Y viene para curar las llagas de la humanidad, para enseñarle el camino de la virtud, para romper los grillos que envilecen su dignidad ultrajada.

¡Qué hermosa es!...

Sus ojos, lindos y expresivos, irradian fulgores que fascinan el ánimo,

Su frente es diáfana, su boca preciosa, su tez suavísima, sus cabellos de oro.

De su cuerpo, esbelto, gracioso, de correctas formas, se eleva majestuosa su perfecta cabeza.

Y su aliento es más puro que los suspiros de los querubines, que la esencia del jazmin.

Y su voz es más dulce que las liras de los serafines, y más delicada que el canto de los ruiseñores, y más cadenciosa que las armonías de la tierra, y más grata que el vago murmullo de los torrentes.

Sembrada de rosas está su cuna.

¿Qué comparación tiene la fragancia de los tulipanes con la que despide esta escelsa niña?

Ella se mece á impulsos de las auras divinas, del soplo que vivifica las almas castas.

Y su lozanía es mayor que la de las bonitas violetas, los airosos claveles, los elegantes lirios.

Y es un admirable conjunto de perfecciones, una obra acabada, una joya de inestimable precio.

Contemplan gozosos á la tierna infanta los ilustres consortes que la engendraron.

Y Dios la mira risueño desde su sólio de perlas.

Y los emisarios celestes hacen resonar en honor suyo sus arpas de marfil.

Y las inmensas legiones de inmortales espíritus saludan desde lo alto á la que ha de mandar como soberana.

III.

Motivos tienes, pueblo bendito, Nazaret, para estar orgulloso.

Regocijate, pues, entre tus mirtos, tus palmeras y tus plátanos, entre tus canoras aveci-llas y tus plácidos campos, entre tus aguas purísimas y cristalinas, en medio de tus frescos ambientes y deliciosos perfumes.

En tu seno guardas á la salvadora del humano linaje, á la que ha de ser la augusta capitana de las huestes católicas, á la que ha de rasgar una por una las páginas funestas del código que el error ha hecho.

Nada hay más justo que reverenciar la virtud; nada más natural que seguir aspiraciones sublimes.

Envanécete, sí, ciudad venturosa, con el magnífico presente que tanto te honra.

Es una lumbrera que te ilumina, un faro que te muestra las sendas de la justicia.

Es un portento que te enriquece, un tesoro que te hace grande, un sér que te hiere con la viva claridad de sus fulgentes destellos.

¿Qué más puedes desear que tener dentro de tus muros á la que ha de convertirse en morada de Jehová?...

¿Qué otra cosa apetecer que hospedar á la

que llevará el título de emperatriz de los mundos?...

(Se continuará.)

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

LA ATRACCION.

SONETO.

¿Qué me importa que ausente de tus ojos
mi vida sea insomnio de tristura,
y el alma opresa en material clausura,
aromas busque, pero encuentre abrojos?

¿Qué sirve alimentar duros enojos,
si al apurar la copa de amargura,
miro tu frente esplendorosa y pura,
que es al vivo pintada en mis antojos?

De Dios cumpliendo la divina ley,
amor, fraternidad, es nuestro giro,
y de *atraccion* formando digna grey,

Por su bandera con valor me inspiro:
y *amor* del mundo soberano, rey,
el númen santo, que ferviente admiro.

MARÍA JOSEFA ZAPATA.

LA MANIJERA DE DARRO.

II.

El señor cura no estaba en el pueblo. Hacía cerca de un mes que el señor obispo de Guadix le había llamado para asuntos precisos, y entre tanto un pobre lego desempeñaba el culto indispensable en la única iglesia, ó más bien, en la única nave que hay en el lugar.

Dolores estaba sombría, apoyada en el quicio de la puerta como la estatua del dolor, sin hacer otro movimiento que llevar el envés de la mano á sus ojos para detener el llanto, que deseaba brotar á torrentes.

¿Por qué lloraba Dolores? ¿Por qué sufría la niña?

Fácil es saberlo fijando un poco la vista en el interior de aquella casa, que solo tenía dos piezas.

En una se hallaban tendidos sus hermanos sobre un monton de ropa de panochas, y en la otra la pobre abuelita, acurrucada en un rincón, daba quejidos profundos.

También estaba enferma. Sufría agudos do-

lores, y en aquel momento la habían atacado de una manera espantosa.

Cuando le paraban volvía á sus faenas para que no trabajase Dolores, con la misma actividad que si tuviese quince años.

A pesar de la horrible noche que había pasado, probó á levantarse y no pudo.

La negra vision de la ruina y el esterminio había fijado su planta en aquellos sitios.

Dolores necesitaba llorar, y llorar á gritos; pero se contentaba con ahogar sus gemidos y salir á tomar el aire de la puerta, porque el sentimiento le ahogaba y le consumía lentamente.

Veía pasar ante ella las gentes del pueblo, robustas y animosas. Veía los mozos cargados con los útiles de caza ó de labranza, ágiles, lozanos y ligeros, y profundos suspiros salían de su pecho, comparándolos con los hermanos de su alma, que habían vuelto á recaer y estaban casi sin esperanzas de vida.

Para mayor desgracia, el buen párroco estaba lejos: nada sabía de esta desgracia; y el secretario de ayuntamiento, su otro protector, había bajado á Granada á recojer una herencia que por muerte de su padre le correspondía.

Dolores era tímida y corta como una novicia, y no sabía pedir ni contar á sus vecinas lo que la sucedía.

La pobrecilla solo sabía llorar y mirar al cielo.

Todas las mañanas veía las jóvenes espigadoras que pasaban por allí cantando y riendo como tiernas gacelas que ven la aurora por primera vez, saliendo de la gruta donde las amantó su tierna madre.

Loquillas, alegres, juguetonas, iba cada una de ellas pensando en el baile que les daría á la noche la Manijera del lugar, que era la encargada de conducir las al trabajo y traerlas á la noche á sus madres, tan virtuosas, alegres y buenas como habían salido de sus casas.

Aquellas frentes puras y juveniles desafiaban los rayos del sol, y volvían rojas y tostadas, pero limpias de mancha ó baldon, á presentarse á sus familias y al segador que las amaba, radiantes de lozanía y virtud.

¿Qué importaba el trabajo del día, qué los aires abrasadores y polvorosos? ¿Qué el sudor y el cansancio de sus miembros? ¿Qué la sed

devorante de sus pechos? ¿Qué el latir precipitado de sus corazones?

A la noche bailarían y recibirían castas y apasionadas miradas en compensación á sus trabajos.

En la puerta de la casa de la manijera tenían ellos todas sus delicias.

Porque la Mae María, que era el nombre propio de esta buena mujer, no había perdido la alegría de los quince años, á pesar de tener más de cuarenta.

Y quería á sus jóvenes espigadoras como el tronco las hojas de sus ramas, y las protegía y amaba como el águila los polluelos que guarda en una roca; y si cualquiera hubiera querido ofenderlas, hubiera visto convertirse aquella dulce mujer en una robusta fiera.

—Ya sabemos con quién van nuestras hijas,—decían las madres al verlas partir, y se quedaban tranquilas en su hogar, aguardando la noche sin inquietud alguna.

Cuando pasaban cerca de los trabajadores, estos las decían mil cosas, propias de los caracteres andaluces; pero ninguno se desmandaba, ni en su rudeza soltaba una frase que pudiera ofender su pudor.

¡Bonita era la Manijera para tolerar barbaridades!

—¡Al trabajo, al trabajo, niñas! —las decía con cariño cuando las veía distraerse ó hacerse las remolonas. —¡Al trabajo, que si queréis casaros y que el marido no os zurre la badana, es menester que seáis mujeres de provecho! ; Anda tú, Colasa, que eres más pesada que una tortuga! ; Anda tú, Francisca, que parece que tienes la espina hecha de acero y no te puedes doblar! ; Anda, Cayetana, que á cada manojo de cebada que arrancas, creo que te ha picado un escorpion en las manos! ; A la noche bailarás, Cecilia; déjate ahora de talareo y de pillar el compás, que mientras se pierde tiempo! ; Caramba con Tomasa, que desde que la habla Juanillo, parece á un señor alcalde en lo tiesa y estirada! Y tú, Filomena, ¿qué diantres tienes hoy que no haces más que hacer pucheros?

—¡Es una tonta! —contestaron las otras.— Lloro porque no la quiere Pepete. ¡Já, já! ; Qué tonta! ; Qué tonta!

—¿No sabes tú una copla?—dijo la Manijera.

—¿Cuál?—respondió la interpelada llorando.

—Lágrimas de cocodrilo
merecen solo los hombres,
y no es justo que á ninguno
tierno corazón los llore.

—¡Lo oyes, tontorronaza, lo oyes! En lugar de llorar, cántasela á Pepete, y toma los consejos de Mae María, que es más buena que el pan y nos quiere mucho.

—¡Sí, sí; cántasela, y hazle rabiar al pica-ronazo! ; Bastante nos hacen penar ellos cuando pueden!

—Si hicieras lo que yo,—dijo una de ellas,—que no quiero á ninguno. No los puedo ver....

—Pintados,—dijo otra sonriendo con malicia.— ; Como que no te ví yo cuando le dabas flores á aquel granadero que vino aquí acompañando al señor coronel! Tú se las echabas por la tapia con mucho cuidado; pero él las lucía luego en los ojales de la casaca.

—Mentira,—respondió la seráfica niña.

—Vamos, vamos, que todo se sabe; y entre el cielo y la tierra....

—En fin, lo que queremos es que rabie Pepete esta noche, y cuando le toque á otro que rabie también, que no se diga que pueden los bribonazos con las espigadoras.

—Menos charla y más trabajo,—dijo Mae María levantándose severa.—No puede una tener cara de risa con Vds. Vamos, vamos que llega la noche. No hay que hablar hasta llegar á la casa. Están Vds. rabiando por ver á esos descamisados de hombres, y todavía andan con repulgos y desaires. La que más y la que menos rabia por casarse, como si fuesen á ganar la joya, ó les viniese una ganancia de lotería. Ea; al trabajo, al trabajo y menos hablar.

Las niñas siguieron en su penosa faena, agobiados sus cuerpos, rojizas sus frentes, é hinchadas y doloridas sus manos; pero con esa alegría de la juventud, empezaron á entonar en coro esta copla, concluyéndola siempre con una carcajada:

Me hago la desdenosa
porque te quiero,
y me escondo y asomo
como un mochuelo.

Solo por verte
y mirarte al descuido,
dulce Pepete.

Se continuará.
ROGELIA LEON.

EN UN MONASTERIO.

PENSAMIENTO.

Cuando á través de opaca celosía
Virgen hermosa veo con afán
Del cláustro sepultada en noche umbría,
Yo concibo á D. Juan.

Y al contemplar, que en éxtasis profundo
De amores celestiales vuela en pos,
Despreciando placeres de este mundo,
Celos tengo de Dios.

¡Al quererte robar un pensamiento
De ese amor de ternura virginal,
Perdona, Dios, si con orgullo siento
Que tú eres mi rival!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Monasterio de las Huelgas, Burgos, 1863.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuacion.)

Juan Tenaza se quedó pensativo, y poco después se dió una palmada en la frente.

—¡Aaaah! —dijo;—yo me encargo de proporcionaros una entrevista.

—¿Sí?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?

—A la salida de una iglesia. ¿No es católica la muchacha?

—Y apostólica romana.

—Entonces debe oír misa los domingos.

—Sí, en Santo Tomás; pero siempre la acompaña una maldita criada, que parece un vestiglo.

—No te apures; yo me las entenderé con la criada. El domingo sabrás á qué atenerte.

Los dos amigos callaron. Reinó un instante de silencio entre los dos, y por fin exclamó Alejo:

—¿Qué te parece, triunfaremos?

—Si ella te quiere, —respondió Juan Tenaza, —y sobre todo, si tus intenciones son buenas....

—¡Oh, eso sí! ¡Ojalá que fuera pobre! ¡Es mucho cuento, que siempre se ha de enamorar uno de los imposibles!

—Seamos francos, Alejo; tú no la quieres por lo positivo? ¿Eh?

—¿Cómo?

—Por sus riquezas, por su posición, por lo que tiene....

—¡Oiga! ¿me crees capaz?...

—Hombre, el dinero es tan tunante...

—Chico, chico, —repuso el cazador de gatos; —no parece sino que soy un solemne bribon. Estamos lucidos. Yo me enamoré de ella por arte de magia: pasaba por la calle de Alcalá: estaba en su balcon: la miré y me miró: me sonreí y se sonrió. Más de cien veces tuvo lugar esta pantomima. De las miradas y de las sonrisas nos propasamos á ciertas y determinadas demostraciones....

—Adelante. Conozco ese juego de manos.

—Esto es todo: me enamoré como un rocin... El diablo lo hizo sin duda.

—Siempre suele hacerlo ese caballero.

—En cuanto á sus riquezas, á su posición, á sus títulos...

—Sí, sí...

—Para nada me acuerdo de esas porquerías. Lo que yo quiero es su amor. Daría hasta el alma por una sola hebra de sus cabellos.

Juan Tenaza abrazó de firme al cazador de gatos y le dijo:

—Eres un buen muchacho y te vés á llevar la prenda. Sí, porque cuando el corazón de los hijos de Adán abriga un pensamiento noble, la Providencia, que no se olvida de los buenos, se encarga de realizar sus esperanzas. Ya verás, ya verás cómo te caso con esa chica... ¡Oh!... Te doy mi palabra formal.

Aquella noche durmió Alejo perfectamente, y soñó con cierto ángel rubio de vaporosa cabellera, que se parecía mucho á su novia, y que le prometía un porvenir feliz y bienhadado.

No hay sueño tan dulce como aquel que alienta al abrigo de una ilusión de amor.

VII.

Y en esto llegó el domingo, día señalado por Juan Tenaza para que Alejo tuviera una entrevista con su amada y la explorara en términos convenientes.

En lo primero que pensaron los dos cofrades fué en hacerse una *toilette* elegante, porque las circunstancias lo exijian de una manera imperiosa. Era preciso sacar á relucir los *trapitos de cristianar*.

Lo peor del caso es que ni uno ni otro tenían más que lo puesto; y aunque hubieran querido rebuscar por el cofre tuvieron que desistir, porque carecían de tan precioso mueble. Su vestuario estaba siempre colgado á su cuerpo como la hoja del árbol.

Alejo trinaba; y Juan Tenaza se mordía las uñas; señal evidente de que meditaba en silencio. Era preciso buscar una levita para Alejo y unos pantalones para él: todo su caudal se reducía simplemente á cuatro cuartos: claro es que con cuatro cuartos no se podían comprar aquellos efectos, ni aun siquiera alquilarlos.

En tan desesperada situación Alejo estaba casi para romper á llorar, alegando que renunciaba á la entrevista, porque le daba vergüenza enseñar su raída levita que se clareaba por todas partes como una hostia. Juan Tenaza se echó á reír estrepitosamente y exclamó:

—¡Bah! Todo se compondrá... Se compuso *capa-rotta*. ¿Cómo no nos habíamos de componer nosotros? No faltará quien pague el *pato*.

Y tomando dos hojas de papel escribió en ambas *c* por *b* lo que sigue:

«Querido amigo: Para las dos necesito sin falta que vengas á traerme tu levita. (En una de las cartas puso levita y en otra pantalones.) Te lo agradeceré en extremo, etc.»

Cerró los dos pliegos, escribió los sobres, sacó sus cuatro cuartos, se los dió á la patrona, y la encomendó que comprara dos sellos del correo interior y diera curso á aquellas circulares.

Eran las seis y media de la mañana y había tiempo bastante para que llegaran á manos de los amigos á quienes iban dirigidas: nuestros

héroes se resolvieron á esperar con una calma épica.

Alejo desconfiaba del éxito de aquella tentativa en razón á que los dos prójimos que habían de sacarle del apuro no tenían nada de sobra para servir á un amigo: Juan Tenaza lo esperaba todo de ellos, porque los había favorecido en otras ocasiones, y no tenía motivos para dudar de su correspondencia. En esto dieron las once de la mañana, y como el que espera desespera, como nadie se había presentado á llevar los efectos, Alejo se puso furioso, y empezó á renegar de la pobreza, asegurando con gran copia de razones, que era la criatura más fea y más fastidiosa que Dios ha echado á este mundo, con otras mil flores semejantes que adivinará el curioso lector.

A las doce en punto recibieron una carta, y Juan Tenaza lanzó un grito de alegría: había conocido la letra del sobre, y era de uno de los amigos á quienes había escrito.

—¿Ves cómo no nos han faltado?—exclamó.

Y Alejo hizo un gesto horroroso, contestando.

—¿Y dónde está la ropa? Lee la carta y verás como nos sale con alguna pata de cabra.

La carta se abrió y decía precisamente lo que sigue:

«Querido amigo: Con mucho gusto te llevaria la levita que me pides, si me mandarás tus pantalones, pues los míos de puro ancianos no pueden salir á la calle, y el código prohíbe que los hombres anden en calzoncillos. Tuyo amigo afectísimo, etc.»

(Se continuará.)

MODAS.

Correo de señoritas.

¿Hay alguna cosa en el mundo más fantástica ni más caprichosa que la moda? Es tan particular, que por variar, por hacerse notable, y por su desmesurado empeño de no parecerse á la generalidad, se reviste de formas caballerescas de las cuales es necesario desviarse, si se desea evitar el ridículo y no caer en lo grotesco.

Las bellas que imponen el gran género llevan

hombros, botas, un sombrero de brigante napolitano y una caña á guisa de sombrilla. Mis lectoras se imaginan sin duda, que hablo segun me inspira mi fantasía, más bien que con arreglo á la moda local; pero cuanto digo es la pura verdad.

Encaminaos á la orilla del mar ó á cualquier ciudad de baños-termales, y encontrareis más de una bella ataviada como acabo de decir.

De aquí resulta que las elegantes á la moda, improvisando trajes más ó menos grotescos, vienen á parar al carnaval creyendo dar golpe.

Es verdad que no se debe permanecer atrasado en la moda, mas tambien es cierto que no se debe avanzar demasiado.

Una perfecta distincion y una esquisita gracia componen un conjunto armonioso que produce grande efecto por su misma sencillez, y esto es lo que se debe procurar y apreciar.

Las primeras casas de confecciones comprendiendo la verdadera elegancia, tan solo aceptan lo que atrae como el perfume de las flores. Cuantos trajes han dado á luz para el campo, la playa y las aguas, son el tipo esclusivo de la mujer del gran mundo, con la expresion del género y el buen gusto.

Si fuera dable á mi pluma hacerlos aparecer como Robin muestra y desvanece sus espectros, veriais tan diferentes modelos que no dariais crédito á vuestros propios ojos.

El traje *estrella*. Distingamos; no es traje porque no tiene cuerpo; se compone de un cuello y una falda decorados con una constelacion de estrellas de tafetán azul, ilustradas de bordado de seda blanca, resaltando sobre un fino tejido de alpaca. El cuello está encajonado en una franja de felpilla azul y blanca, terminada por bolas.

Despues el traje *mandarina* de foulard schangai reproducido con un paletot y una falda, decorados de anchos vieses de foulard soutaché, sobre los cuales se dispone una série de cascabeles chinos de seda del mismo color.

El traje Alejandra de tejido inglés, blanco nacarado, ó de tinta blonda guarnecido de dientes de lobo en tafetán azul, verde ó Habana.

Y el traje Luis XIII de mohair blanco, con una falda guarnecida hácia el bajo, de una redicilla señorita de galon de seda y encaje.

El paletot mosquetero está adornado de hombrillos y de grandes bolsillos cuadrados siguiendo el estilo de la época.

Con el traje Luis XIII se busca el tricornio y se encuentra el mademoiselle ó el increíble.

El increíble ha sido y es todavía el gran triunfo de la estacion. Hé aquí dos que creo tendrán el privilegio de agradaros.

Uno de paja de china bordado de terciopelo negro con doble mazorca de cinta negra y de terciopelo verde, soportando un puff argus de pluma de pavo, de la cual se escapan dos plumas verdes esmeralda.

El otro de paja Habana, doblado de un plegado de tafetán con gavilla de cinta igual, reteniendo una pluma de avestruz natural sujeta con cabos franjeados de encaje negro.

¿Conoceis el sombrero Florian?

Es imposible buscar otro más coqueton y más campestre, todo enguirnaldado de flores. Como sombreros de toilettes de paseo ó de visita, teneis uno de crespon blanco bordado de gotitas de agua, con ramillete de primaveras colocado sobre el copete entre follaje y yerba que destila gotas de rocío.

Otro de paja de Italia adornado de cinta escocesa. El escocés está en alza; lo hay á tablero de damas de dos colores, azul y negro, encarnado y negro, ó blanco y negro.

El escocés típico es preferible.

Han venido de Inglaterra y de Escocia verdaderos tejidos en este género con toda la blandura y ligereza de la fabricacion inglesa, dispuestos en vastas rotondas encajonadas en franja rusa ó franja bolero.

Estos cuellos escoceses toman el nombre de klans por tener el aire montañés de la *Dama blanca*.

Los albarnoces árabes estaban amenazados sin los spahis de encaje de yak que han venido á imponer su vaporosa elegancia. Bajo este encaje trasparente y de deslumbrante blancura, se dibuja el talle como una sombra indecisa y graciosa, crepúsculo de la beldad, semipenumbra del encanto y el prestigio.

Las cintas impulsadas por la moda flotan al través de las vidrieras como soberbias banderolas escocesas.

Las bellas hacen con ellas echarpes, ó más

bien cinturas que se colocan rodeando el talle como las de los bebés ó los infantes de coro.

Las jóvenes las anudan por detrás; las demás las sujetan al lado sencillamente.

Tambien está la cintura postillon de moiré blanco, negro ó de color, con cascabeles de oro y cabo por detrás; y la cintura *miss aurore*, de cuero inglés ó de Rusia con cartera al lado.

Ya tendreis noticia de la guarnicion zéphir que reemplaza á los resortes de acero en las crinolinas.

Un precioso Trousseau ejecutado para una novia elegante era todo de una perfecta sencillez y de un gusto intachable. La verdadera dama del gran mundo se contenta con la calidad de los tejidos. Las camisas festoneadas solamente tenian las iniciales bordadas superadas de una corona. Habia una docena hiladas por las manos de alguna maga, pero sin guarnicion. Las camisas de noche, las chambras, las enaguas y los pantalones, permanecian con la misma lujosa sencillez de bordado y de ejecucion. Las gorras de noche y de dia llenas de coqueteria. Los fondos eran ligeros y descendentes, con adornos de cinta suavemente dispuestos en diadema, en escarapela, en nudo ó en gavilla; esto dependia de la atribucion de la gorra.

Desde que el foulard adquirió una séria importancia en el imperio de la moda, se le vé figurar en todos los Trousseaus, en doce ó en seis trajes. Si son doce, hay por lo menos cuatro de Schangai, y dos si son seis.

La perfumeria del mundo elegante sigue en sus escursiones á las bellas viajeras. No quiere privarlas de la leche de cacao, talisman de la hermosura é higiénico y precioso para el cutis, puesto que entona y refresca su tejido dermal.

La crema de cacao para el cutis, y la pasta de manteca de cacao para las manos, son tambien dos productos únicos, porque borran, así como la leche, las manchas rojas y las eflorescencias del rostro.

¿Cuál es el perfume que conviene á las diez y seis primaveras? ¿No es la violeta la primera flor que levantándose de su largo sueño de invierno embalsama la naturaleza? Niñas que sois las violetas de la primavera de la vida, hé aquí vuestro perfume; vuestras madres que os

trasmiten su gracia y su bondad pueden escojer el ramillete del mundo elegante.

Con respecto á los pañuelos, Chapron ha dedicado á las jóvenes los que se contentan con un pequeño valencienne ó á florecitas. Los de rayas son para señora; pero el pañuelo crudo conviene á unas y á otras para toilette de confianza.

Chapron forma el escocés en bordado; es un tablero de damas de bordado y encaje. El primer modelo ha visto la luz en tres Trousseaus que comprendian todas las maravillas del célebre artista.

Lo que es digno de notarse son las armas en algodón esculpido, cincelado y modelado, que apenas se puede descifrar si es escultura, platería ó bordado.

Morenas ó blondas, el agua de la florida ha de realzar vuestros cabellos, pues su eficacia la hace obrar sobre todos los matices de la cabellera.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura.—Traje de señora. Vestido de seda Pompadour, guarnecida la falda de anchas bandas de tafetan, color cabellos de la Reina; parten de la cintura y bajan ensanchando hasta terminar en punta redonda guarnecida de volantitos. Cuerpo alto, talle redondo con cintura larga anudada adelante. Manga guarnecida como la falda. Manteleta de encaje negro. Sombrero de crespon rosa adornado de cintas, plumas y tul; bridas rosa.

Segunda figura.—Traje de niña. Vestido de tafetan verde claro, guarnecido en el bajo de un ruche encañonado muy formado. Bandas de tafetan negro con bordado jardinera adornan la falda, puestas á lo largo de trecho en trecho. Cuerpo de escote cuadrado, guarnecido con una banda semejante. Manga corta. Camiseta de muselina bordada. Camail blanco en tejido de estío, el borde bordado de negro con cuadros de terciopelo rodeados de puntilla de encaje. Sombrero de paja de Italia, con grupo de varias flores y cintas negras. Botinas azules.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.